

dica costó la vida al mariscal por mano de Chandos. En tanto llegó la noche: los franceses abundantemente provistos de viveres, confiando en su número y en su valor, se entregaron al sueño; los ingleses, careciendo de todo, emplearon aquellas horas en velar y atrincherarse: alrededor de su campamento, abrieron profundos fosos que cubrieron con empalizadas, y donde los fosos no alcanzaron, construyeron á manera de barricadas con sus bagajes y carros de transporte. El príncipe de Gales mandó reunir todo el botín que habían hecho en sus correrías; lo repartió en tres montones en medio de ambos campamentos, y lo mandó quemar. Este sacrificio no dejaba á los ingleses nada que echar de menos, y los torbellinos de llamas y de humo que en medio de las tinieblas se levantaron, sirvieron poderosamente para ocultar los trabajos de fortificaciones que se esta-



CARLOS VI JUGANDO Á LAS CARTAS DURANTE SU LOCURA.

ban haciendo en el campamento, y llenaron de asombro á los soldados franceses. El sol que había de iluminar un día tan fatal para la Francia, apareció por último en el horizonte (19 septiembre 1356) á tiempo que en el campamento del rey Juan se dejaban halagar por las mas ilusorias quimeras, y el ejército se volvía á formar en el mismo orden de batalla que el día anterior. Por su parte, los ingleses hicieron alguna alteracion en sus disposiciones: instruidos, no se sabe cómo, del modo con que iban á ser atacados, colocaron al frente de su línea un cierto número de ginetes, á fin de resistir al choque de los mariscales; emboscaron ademas otros trescientos ginetes y trescientos ballesteros á caballo detrás de una pequeña colina que daba frente al cuerpo mandado por el Delfín y sus dos hermanos. Estos seiscientos hombres tenían orden de dar vuelta

á la colina así que se principiara la acción y caer sobre el flanco de aquel cuerpo. El cardenal de Perigord volvió á presentarse, pero de parte de los franceses le mandaron á decir que se retirara. En vista de esto pasó al campamento del príncipe de Gales, cuyo súbdito era, como natural de Guiena. «Gallardo, hijo mío, le dijo, haced lo que podais: no teneis mas arbitrio que pelear.» El príncipe contestó: «En eso estamos pensando yo y mis caballeros; Dios se digne favorecer nuestro derecho! El cardenal entonces fue á reunirse con el otro legado del papa que estaba en la cima de un montecillo, y allí ambos elevaron sus manos hácia el Dios de paz, en tanto que en la llanura se invocaba con feroz gritería al maléfico número de la guerra.

El príncipe Negro dirigió á sus caballeros estas breves palabras. «Pocos somos en verdad, compa-

brándonos con el numeroso ejército que va á caer sobre nosotros, ¿pero qué importa? No por eso debe desmayar nuestro denuedo, pues no el número de guerreros, sino Dios es quien da la victoria. Si venecemos, nuestro triunfo será mas brillante; si hemos de morir, yo tengo un padre y dos hermanos; vosotros teneis amigos; esos nos vengaran. No pensemos, pues, mas que en portarnos bien en el momento presente. Dios mediante espero dentro de poco hacerlos ver que merezco bien ser caballero.»

Quiso retener á su lado á Chandos, pero este no pudo contenerse, y voló á encontrarse en el choque contra la division mandada por los mariscales franceses: tambien deseó el príncipe conservar junto su persona á Audeley; pero este había hecho voto de combatir en primera fila en cualquiera batalla mandada personalmente por el rey de Inglaterra ó alguno

de sus hijos, y el príncipe no pudo menos de dejarle cumplir el voto, por lo cual fué á colocarse al frente de la línea, entre los ginetes que estaban sostenidos por los ballesteros.

Los franceses lanzan el grito de guerra: los dos mariscales, condes de Audeneham y de Clermont entran á rienda suelta en el desfiladero al frente de sus trescientos caballos. Mas apenas llegan al terreno bordeado de matorrales, descargan los ballesteros una nube de flechas. Estas flechas, largas, dentelladas y agudas, lanzadas, si así pudiera decirse, á aquema ropa, caen sin perderse una sobre aquel escuadron de valientes. Los caballos atravesados de parte á parte, enfurecidos por el dolor relinchan, se retuercen, se encabritan, caen, y al revolcarse por el suelo, abruman á sus ginetes y no dejan pasar á los que vienen detrás. Solo los dos mariscales, con algunos caballeros, consiguen pasar por entre aquel espantoso desorden, y llegan al frente del ejército inglés: allí se encuentran con una nueva línea de ballesteros y con Jaime de Audeley al frente de sus ginetes. Aquellos denodados mariscales, cuyos soldados habían casi todos perecido en el desfiladero, no podían sostener una lucha tan desproporcionada: Clermont cae atravesado por la espada de Chandos y Audeneham desmontado por Audeley, no tuvo mas remedio que rendirse.

No tardó en propagarse el rumor de este desgraciado lance. Los ginetes detenidos en medio del desfiladero entre dos montones de cadáveres de caballos que obstruían el paso, y la tropa de infantería que venía avanzando por el mismo camino, tuvieron que permanecer inmóviles y siendo blanco de los ballesteros emboscados. Gritos de desesperacion y alaridos de dolor resuenan confusamente en aquel malhadado desfiladero. Los ginetes que iban penetrando ya en el camino, se replegaron sobre el cuerpo mandado por el delfín Carlos. En el acto los seiscientos caballeros ingleses ocultos detrás de la colina salen de la emboscada y se lanzan sobre la retaguardia de aquella division, llenando de terror á los soldados mercenarios y haciendo que los ginetes desmontados se dispersaran. Los señores de Landas, de Vondenay y de Saint-Venant que estaban encargados de la custodia de los hijos del rey, creyendo antes de tiempo que la batalla estaba perdida, les obligaron á retirarse, y los dos primeros, encomendando á Saint-Venant sus respectivos príncipes, volvieron al campo á colocarse al lado del rey juntamente con los señores del Angle, Saintré y Cervolles.

La division mandada por el Delfín se había ya dispersado, y las del duque de Orleans habían huido cobardemente con su caudillo: de manera que en el campo no quedaba ya mas que el escuadron de la caballería alemana y el cuerpo de ejército mandado por el rey al cual se unieron muchos caballeros que no podían resolverse á abandonarle.

Al saber el príncipe Negro la derrota de las dos primeras divisiones francesas, mandó á sus ginetes montar á caballo y Juan Chandos le dijo: «Cabalgemos, señor, cabalgemos: la jornada es vuestra: Dios os favorece, avancemos contra el rey de Francia. Sé muy bien que su valor no le permitirá abandonar el campo, y por consiguiente tendrá que caer en nuestras manos.» El príncipe contestó: «Adelante Juan: no me vereis hoy retroceder! Adelante, banderas en nombre de Dios y de San Jorge!» Dijo, y descendió de la colina con todo su ejército.

El rey, mandando formar su division en columna cerrada, atacó á los ingleses en el momento de salir del desfiladero: distinguíase entre todos por su elevada talla, por su marcial aspecto y por las flores de lis de oro bordadas en su túnica de armas: estaba á pié como el resto de sus caballeros, y tenía en la mano un hacha de dos córtés al modo de los antiguos

francos. A su lado se veía su hijo, el joven Felipe, cuya edad llegaba apenas á catorce años, arrimado como el leoncillo al lado del leon. Todos los historiadores convienen en que si la cuarta parte del ejército francés hubiese peleado con el denuedo de su rey, habría indispensablemente obtenido la victoria. Rudo fue aquel choque: por una parte combatía el príncipe Negro rodeado de Chandos, del *capitán* de Buch, famoso rival de Duguesclin; de Audeley, de Aubrecicourt y de los condes de Warwick y de Suffolk, mariscales de Inglaterra, y por otra el rey Juan acompañado de Santiago de Borbon y Pedro de Borbon, padre de aquel Luis II, cuyas virtudes anunciaron las de Enrique IV; de los príncipes de Artois, ambos hijos de un traidor y ambos leales; de los condes de Saarbruck, de Nidau y de Nassau, los tres alemanes; pero muy dignos de ser franceses; de los señores Guissardo de Beaujeu, Guillermo de Nesle, Guillermo de Montagu, Ricardo del Angle, de Chambly, de La Heuse, de Pons, de Tancarville, de Laval, de Damp-Marie, de La-Tour, de Humieres, de Urfé, de Duras; de Gaucher, de Brienne, condestable de Francia y duque de Atenas, duplicado título que le imponía la obligacion de morir con gloria, del obispo de Chalons que murió con la cabeza cubierta con el casco, como Adhemar sobre los muros de Jerusalem; de Gofredo de Charny, el valiente porta oriflame, de Eustaquio de Ribamont, tan famoso por la corona de perlas que Eduardo le dió delante de Calais, de La-Fayette y de La-Rochefoucauld, celebridades que las armas han cedido á las letras, y finalmente, de Juan de Saintré, reputado como el caballero mas bizarro de aquella época, y cuyo nombre se ha conservado hasta nosotros ensalzado por las poesías populares.

La caballería alemana sostuvo perfectamente la primera carga; pero empezó á alfojar tan luego como perdió sus gefes, los condes de Saarbruck, de Nidau y de Nassau. Los caballeros franceses de diversas provincias combatían mezclados con sus escuderos bajo las banderas de sus señores feudales, unas veces en pelotones, y otras formando una columna. El príncipe de Gales, con Chandos, atacó á la division del condestable, y el *capitán* de Buch con los mariscales de Inglaterra se encontró en frente del rey.

Juan lo vió caer sobre él con una intrépida alegría: abandonado de una tercera parte de su ejército, ni aun se le ocurrió una vez siquiera retirarse y solo se propuso salvar á todo trance el honor francés, ya que no le fuese dado salvar la nacion. Como los ginetes habían recortado las lanzas, no pudo ya el rey Juan mandarles montar á caballo como lo había hecho el príncipe de Gales con los suyos. Ademas, los ingleses se presentaron acompañados de ballesteros que decidieron de la victoria, hiriendo desde lejos á una infantería que por el peso de su armadura no podía alcanzar á sus ligeros enemigos. Las oleadas de combatientes eran impelidas hácia Poitiers, y así fue que junto á esa ciudad se redobló el número de las víctimas. Los ciudadanos, temiendo que vencidos y vencedores no entraran confusamente, se negaron á abrir las puertas.

Ya los que mas se habían distinguido por su valor, no existían; el horrible estrépito del campo de batalla iba cesando: las filas de combatientes cada vez se aclaraban mas, y los caballeros iban cayendo sucesivamente como los árboles que el hacha del leñador va destroncando en la selva. Pero Charny levantaba aun con intrépida mano el oriflame, y luchaba él solo contra una multitud de enemigos que se empeñaban en arreatársela.

Juan, con la cabeza descubierta (había perdido el casco en el tumulto del combate), y con dos heridas en el rostro, presentaba aun su frente cubierta de sangre al enemigo. Incapaz de temor por lo tocante á su persona se enternecía por la suerte de su joven

hijo, que ya había sido herido por cubrir con su cuerpo el cuerpo de su padre: quiso el rey Juan alejar de aquel terrible peligro al regio niño y lo encomendó á la custodia de varios caballeros, pero Felipe se escapó de sus manos y volvió á reunirse con su padre. No teniendo aun sus brazos fuerza para manejar las armas, velaba por la vida de su padre, advirtiéndole de qué parte debía ponerse en guardia, cuando veía acercarse algun enemigo.

La gritaría había ya cesado enteramente. Charny, tendido á los pies del rey, estrechaba entre sus brazos arrecidos por la muerte el oriflama que nadie le había podido arrancar: solo las flores de lis permanecían de pie en el campo de batalla: la Francia entera estaba reducida á su rey, que vibrando con sus dos manos el hacha de armas defendiendo su patria, su hijo, su corona, y el oriflama, inmolvaba á cuantos tenían la mala suerte de acercársele. Ya no quedaban en torno del mas que algunos caballeros tendidos en el suelo y acribillados de heridas que levantando del polvo su moribunda cabeza á la voz de su soberano, hacían un postrer esfuerzo y volvían á caer para no volverse á levantar. Mil enemigos desde una respetuosa distancia le gritaban: «Señor, rendíos!» pero Juan, aunque ya bastante debilitado por la sangre que iba perdiendo, había resuelto morir, pero no entregarse.

Un caballero atraviesa entre la multitud, y desviando los soldados, se acerca respetuosamente al monarca, hablándole en francés y diciéndole: Señor, en nombre de Dios, rendíos. El rey, al oír hablar en francés, bajó el hacha y dijo: «¿A quién me he de rendir? ¿A quién? ¿En dónde está mi primo el príncipe de Gales? Si le viera, hablaríamos.—No está aquí, replico el caballero, pero entrego á mí, y yo os conduciré adonde él está.—Y vos, ¿quién sois?»—Señor, yo soy Dionisio de Morbed, caballero de Artois: sirvo al rey de Inglaterra, porque habiendo cometido un homicidio en mi país, tuve que exatriarme.»

Juan se quitó el guante de la mano derecha y se le arrojó al caballero diciéndole: «A tí me entrego.» No puede decirse que el rey de Francia entregara su espada sino á un francés.

Ya no se veían ni banderas, ni pendones del ejército del rey Juan en los campos de Poitiers. El príncipe de Gales no conocía aun toda la importancia del hecho de armas que se acababa de consumir. Chandos le aconsejó que fijase su bandera sobre un arbusto á fin de que al verla las tropas dispersas se fueran reuniendo. Levantaron en el terreno una pequeña tienda encarnada, y el príncipe entró en ella. Los empleados de su servidumbre le soltaron las hebillas de la armadura y le dieron de beber: los clarines tocaron retirada. Presentáronse los caballeros ingleses y gascones con un prodigioso número de prisioneros: había soldado que traía diez de ellos. Tratáronlos á todos con una generosidad extraordinaria, consiguiendo libertad la mayor parte bajo palabra ó bajo la simple promesa de un rescate que procuraban no fuera muy crecido, á fin de que no les arruinara.

El hijo de Eduardo, al ver llegar los dos mariscales de Inglaterra, les preguntó noticias del rey de Francia. «Señor no sabemos, contestaron, lo que ha sido del rey de Francia, pero creemos que indispensablemente debe haber muerto ó caído prisionero; pues no se ha separado de sus huestes.» Chandos había predicho que al rey Juan no le permitiría huir su valor; Warwick opinó que debe haber sido muerto ó caído prisionero: no tardaremos mucho en ver que el mismo príncipe de Gales le proclama por el mas denodado caballero de su ejército. Un monarca francés, cuyo valor es tan altamente preconizado hasta por sus mismos enemigos, puede ser vencido sin dejar de reinar; los reyes de la larga cabellera solo cubiertos de púrpu-

ra, perdieron la corona que habían recibido sobre un pavés.

El príncipe Negro dijo á Warwick y á Cobham: «Partid, os ruego y no os detengais hasta que podais adquirir noticias del rey de Francia. Los mariscales partieron, y cabalgando, treparon á una altura, á fin de tender la vista por el campo. No tardaron en divisar un tropel de hombres que caminaban muy despacio y á cada instante se detenían. Warwick y su compañero se dirigieron hácia aquel grupo. «¿Quién va? preguntaron.—El rey de Francia, les respondieron, que ha sido hecho prisionero, y ahora se lo vienen disputando mas de diez caballeros y otros tantos escuderos.»

Juan, en medio de aquellos soldados, trayendo á su hijo de la mano, se había hallado expuesto al mayor peligro: los ingleses y gascones se lo arrancaban mutuamente de las manos, despues de haberlo quitado á Dionisio de Morbed. Cada cual gritaba: yo le he hecho prisionero. A mí se me ha rendido. Entre tanto el rey decía: «Tratadnos con alguna consideración á mí y á mi hijo; llevadnos al príncipe de Gales: no os disputéis el haberme hecho prisionero; pues soy bastante grande para enriqueceros á todos.» Estas palabras amansaban por un momento la furia de aquellos soldados, mas apenas habían vuelto á ponerse en marcha volvían á renovar la disputa. Warwick y Cobham se arrojaron entre aquella turba, impusieron pena de la vida al que se atreviera á acercarse al rey; echaron pié á tierra, saludaron al monarca y á su hijo, y los condujeron hácia la tienda del príncipe de Gales.

Noticioso el hijo de Eduardo de que el gran prisionero estaba ya cerca, salió á recibirlo, se inclinó profundamente al llegar á su presencia, suplicándole con corteses palabras se sirviera entrar en su tienda. En seguida mandó vino y refrescos y se lo presentó con su propia mano al padre y al hijo, en señal, segun dicen las crónicas, de muy grande amor. Así están escritas en el cielo las derrotas y las victorias, así se ensalzan y se abaten los imperios! Ocho siglos antes el primer rey franco, triunfó de los visigodos casi en el mismo sitio donde el rey Juan cayó prisionero de los ingleses: Charny sucumbió defendiendo el oriflama en los campos, donde cuatro siglos despues había de morir Rochejaquelin por la bandera blanca.

Cuando vino la noche, el príncipe Negro mandó disponer en su misma tienda una mesa abundantemente servida, á la cual, en compañía del rey y su hijo, se sentaron los mas ilustres prisioneros, Jacobo de Borbon, Juan de Artois, los condes de Tancarville, de Etampes, de Damp-Marie, de Granville y el señor de Parthenay. Los demás barones y caballeros franceses, compañeros de infortunio de su señor, se colocaron en otras mesas. El príncipe de Gales sirvió personalmente á sus huéspedes; y rehusó constantemente tomar asiento en la mesa del rey, diciendo que estaba muy lejos de tener la presunción de sentarse junto á un príncipe tan eminente y hombre tan denodado. «Querido señor, le decía al rey Juan, no os dejeis abatir porque Dios no haya cumplido hoy vuestros deseos: mi señor padre os tratará con todo el honor que mereceis, y se avendrá á condiciones tan equitativas, que es de esperar quedeis amigos para siempre. Debeis tener una satisfaccion, pues aunque la jornada no ha sido vuestra, habeis hecho personalmente proezas, distinguiéndoos entre todos los de vuestro bando. No penseis que digo eso por consolaros, pues todos mis caballeros que se han hallado en el combate, están conformes en concederos el prez y la corona.»

Hasta entonces Juan había soportado su desgracia con magnanimidad, no había salido de sus labios la menor queja, ni había dado la mas insignificante señal de flaqueza; mas cuando se vió tratado con aquella generosidad, cuando vió que aquellos mismos enemi-

gos que le rehusaban el título de rey cuando estaba en el trono, le reconocían como tal al verle cautivo, se sintió realmente vencido. De sus ojos se escaparon algunas lágrimas que borraron las manchas de sangre que había aun en su rostro. En aquel banquete del cautiverio pudo el rey cristianísimo decir como el santo rey David en otro tiempo: *Mis lágrimas se han mezclado con el vino de mi copa.*

Todos los demás prisioneros prorumpieron en llanto al ver derramar lágrimas al monarca, y el festin quedó por unos momentos suspendido. Los guerreros franceses tan entendiados apreciadores de las buenas acciones, contemplaban con un murmullo de admiración á su vencedor, que apenas llegaba á veinte y seis años de edad. «Qué buen monarca promete á su país, decían, si logra vivir y perseverar su buena fortuna.»

Las palabras de los desgraciados son proféticas: si el príncipe de Gales oyó las de sus prisioneros, pudo tener, en vista de la inconsecuencia de la suerte, un presentimiento de su porvenir. Su vida fue corta. Su hijo, que le reemplazó en el trono de Inglaterra, se vió vendido por aquellos mismos nobles que habían combatido en Poitiers, tuvo que recurrir á la protec-

ción del heredero del rey Juan, fue depuesto del trono por un parlamento ingrato, se vió encerrado en una torre, y por último, habiendo sido condenado á morir de hambre, luchó varios dias contra la muerte deseando en vano al llegar sus últimos momentos los desperdicios de aquel banquete que su padre victorioso había mandado dar á un monarca desgraciado. Hasta la gloria misma del vencedor de Poitiers ha perecido en aquellos campos donde resplandeció con tanta claridad.

En una altura que domina la abadía de Vouillé y la aldea de Beauvoir en el Poitu, en la cima de una colina cubierta de juncos marinos, se encuentran al parecer vestigios de un antiguo campamento: en medio se nota la boca de un pozo ya medio obstruido: esto es todo lo que existe para acreditar el pasaje de un héroe. La aldea de Maupertuis ha desaparecido: nadie en el país se acuerda que haya existido. Por otro raro capricho de la suerte, el sitio en que se ven las huellas del campamento inglés se llama *Cartago*, como si la fortuna, para burlarse de los hombres, se hubiese complacido en borrar un nombre célebre con otro mas célebre, una ruina con otra ruina, y una vanidad con otra vanidad (1).

ANALISIS RAZONADO

DE LA

HISTORIA DE FRANCIA.

DESDE LA BATALLA DE POITIERS EN TIEMPO DEL REY D. JUAN HASTA LA REVOLUCION DE 1789.

JUAN II.

(Desde 1336 á 1364.)

¡La Francia parecía haber llegado á su perdición! su tesoro estaba axhausto; sus ejércitos se habían convertido en hordas de salteadores que la desgarraban: sus pueblos se sublevaban; sus Estados atacaban el trono que había quedado vacante por el cautiverio del rey; un príncipe de la familia real fugándose de la prisión acaba de aumentar el desorden mezclando las discordias domésticas con las violencias cometidas por los extranjeros; envenena al heredero de la corona cautiva; surgen traidores en el Estado eclesiástico y en la nobleza y sediciosos en las últimas gerarquias sociales; en lo exterior del país se desencadenan los horrores de la anarquía civil y militar, y para remedio de tantos males no podía contar la nacion mas que con un príncipe de diez y ocho años escasos de edad, que por su proyecto de fuga con el rey de Navarra y por su conducta en la batalla de Poitiers no había merecido el aprecio ni de los Franceses ni de los enemigos. ¿Quién podría creer que ese niño, andando el

(1) Véase sobre la palabra *Cartago* el *Ensayo de disertación sobre el CAMPUS VOCLADENSIS*, en las *Disertaciones de LEBOEUF*. Véase también las *Vidas de los capitanes ilustres en la edad media*, por Mr. MAZAS. Encuéntrase en esa concienzuda obra curiosos datos acerca de las batallas de Crecy, de Poitiers y de Arincourt.

tiempo, había de ser Carlos el Sabio, el salvador de su pueblo, y uno de los reyes mas útiles que han gobernado á los hombres?

Pero Carlos V, no era digámoslo así mas que la cabeza: le era preciso un brazo y este brazo, Dios había cuidado de irlo robusteciendo para la época en que fuera necesario. En tanto que el Delfin se iba retirando oscuramente de Poitiers, despreciado de los vencedores, un pobre hidalgo, tan oscuro como él, combatía por Carlos de Blois en los carrascales de la Bretaña. Sin hermosura, sin gentileza, sin bienes de fortuna, sin capacidad, pues nunca pudo aprender á leer, ese hidalgo, medio rústico, nada al parecer tenía de lo que constituye la naturaleza de los héroes, sino el valor. Las crónicas de aquella época al hablar de ese parsonaje lo caracterizan con el nombre de *cierto noble paje*. Ese jóven era Duguesclin, el primer capitán que desde el tiempo de los romanos se había visto en Europa y que en aquel tiempo mereció el nombre de *Buen condestable*. ¡Tan fecundo es el suelo de la Francia y tantos los recursos que halla aun en medio de su desgracia!

Carlos y Duguesclin nacieron, sea lícito decirlo así, el uno para el otro, y los dos para la nacion, siendo tanto mas ilustres sus triunfos cuanto mayores fueron los obstáculos que se les opusieron.

Ante los ejecutores de la venganza divina el mundo se aplanó; con medianos talentos consiguen triun-